

Aquella mañana de verano Leo Carter salió temprano de la comisaría, sin esperar a la habitual arenga de su jefe acerca de los casos pendientes que urgía resolver para aplacar a una sociedad que cada día estaba más alterada por la incompetencia de los políticos. Esos discursos no le servían, él no cobraba por escuchar rabietas. Leo era un hábil detective solitario que no se atenía a los métodos que imponían las autoridades. Sus continuos éxitos contra los hampones del crimen organizado lo avalaban.

Subió a su viejo Cadillac descapotable del sesenta y nueve y se dirigió hacia la parte sur del Bronx. Un confidente le había dado un soplo que le podría conducir hasta los traficantes de droga que traían de cabeza a los políticos. A los altos cargos les gustaba hablar demasiado, y querían proceder mediante operaciones coordinadas entre diversos estamentos oficiales para que los votantes se sintieran satisfechos del destino que se le daba a sus impuestos, pero Leo sabía por experiencia que en esos casos era mejor trabajar descoordinado y en silencio. Los narcos, con tanto entendido que daba su opinión para demostrar su importancia, siempre se enteraban de los planes de la policía antes de que se iniciaran las operaciones. Él sólo informaba a sus jefes cuando los hechos estaban consumados. Con su particular método evitaba problemas y salvaba el cuello de los daños colaterales causados por el fuego amigo.

En la cafetería de Sam, donde se comían las hamburguesas más grandes de la ciudad, se encontró con el viejo Benny, el tipo que mejor conocía el barrio y sus alrededores. Benny llevaba más de cuarenta años trabajando como portero del edificio Caldwell. Todo lo que ocurría en los alrededores llegaba puntualmente hasta sus atentos oídos.

–Leo, últimamente están pasando cosas que no me gustan y que pueden causar mucho daño a gente decente.

–Estoy en ello, Benny.

–Ten cuidado, creo que los de tu propio bando están jugando sucio.

–Sabes muy bien que yo no tengo bando. Leo Carter siempre trabaja por su cuenta, por eso sigo vivo. Sólo me fío de mi vieja Magnun y de los ángeles guardianes que me avisáis cuando algo huele a podrido.

–Esta vez se trata de un tema muy serio.

–Tranquilo, me gusta pasear por esta parte de la ciudad y no pienso permitir que la jodan.

–Mi nariz me dice que la mierda está en la esquina de la veintisiete con la cuarta.

–A eso lo llamo yo tener olfato.

Antes de continuar con la ronda matinal para seguir la pista, Leo dejó diez pavos en la gorra de Benny y le pidió que los apostara a una victoria de los Mets por cuatro carreras. Las ganancias las repartirían como siempre. Cuando iba a subir al coche vio que Lorna estaba abriendo el salón de belleza.

–Hoy hace mucho calor, muñeca. He pensado que sería buena idea que esta noche nos tomáramos una copa bien fría para apagar el fuego que nos quema.

–Esta noche tengo una cita, Leo, y mañana y pasado, y siempre con hombres que se presentan puntuales y cumplen todo lo que prometen.

–Entiendo que estés molesta, pero el enfado no le va a tu cara. Siempre que hemos estado juntos disfrutamos de muy buenos ratos. Dudo que ningún otro hombre te haga reír y gritar al mismo tiempo.

–Eres un maldito cabrón.

–Tú también me gustas, muñeca. Pasaré a recogerte a las nueve en punto, y ponte ese liguero que tanto me gusta.

–Me pondré lo que me dé la gana.

—Como quieras. Ya sabes cómo disfruto quitándote lentamente la ropa que te sobra.

—¡Eh, Leocadio! Deja de una puta vez de hacer el vago y vete corriendo hacia la calle Embajadores, que hay que barrer los panfletos de la manifestación de comerciantes antes de que llegue el alcalde en su visita oficial al barrio —me dijo Cristóbal, el capataz, un individuo grosero y primitivo que me odiaba porque carecía de mi capacidad para disfrutar de una vida interior muy rica.

Como habrán podido suponer tras esta brusca interrupción, yo no soy el legítimo Leo Carter, o tal vez sí que lo sea, porque he sido su creador y forma parte de mi propia historia desde hace muchos años. No vivo en la «gran manzana», sino en Madrid, y no soy un seguidor de los Mets, sino un sufridor del Atleti que nunca ha ido al fútbol y que ni siquiera lloró durante las tormentosas noches de domingo cuando el equipo bajó a segunda.

Hasta que comenzó aquel invierno nunca había viajado, aunque mi propia vida era un interminable viaje de huida que carecía de destino. Tampoco había tenido la oportunidad de convertirme en un detective de la talla de Hércules Poirot, Sam Spade o cualquiera de sus afamados colegas del mundo del crimen. Mi auténtico nombre es Leocadio Carrasco Tercero, y no lo digo porque sea descendiente directo en tercer grado de la dinastía de un soberano o magnate llamado Leocadio Carrasco. Mi ascendencia es proletaria, al menos eso supongo porque no se puede decir que lleve los apellidos de mis padres. Soy hijo de madre soltera y heredé sus apellidos junto al nombre de mi abuelo. Los más avispados ya habrán averiguado que sólo me bastó con utilizar las tres primeras letras de mi nombre y apellidos para crear a Leo Carter, pero no piensen ni por un momento que lo de mi ascendencia americana ha sido inventado para enriquecer al personaje y que parezca cosmopolita. Eso es rigurosamente verídico.

Mi madre, Angustias como su abuela, me dijo poco antes de morir que mi padre fue un piloto americano de la base de Torrejón. Le fue imposible decirme su nombre, ni siquiera pudo hacer una descripción aproximada, por una serie de problemas técnicos de compleja solución y porque no se habían inventado las pruebas de ADN. Mi santa madre trabajaba como mujer de la limpieza en la base durante el día. Por la noche su rol cambiaba, y parece ser que se dedicaba a otras labores más íntimas y placenteras, en ocasiones, con los militares para redondear el miserable sueldo que cobraba. Creo que la llamaban Gusti porque era más adecuado para su oficio. Por entonces era muy guapa y debía tener mucho éxito con los hombres. Supongo que por eso le resultaba tan difícil saber quién fue el individuo que me había legado sus genes y que nunca había dado la cara, aunque estaba convencida de que era un piloto americano porque eran los únicos clientes que admitía en su época de esplendor, y siempre pagaban en dólares, no menos de veinte por cada servicio prestado, de los que un desgraciado, su chulo, se llevaba más de la mitad.

Con estos antecedentes, podrán deducir que no resulta disparatada mi fantasía de crearme Leo Carter, el duro detective con más clase que patea las calles entre Manhattan y el Bronx.

En el mundo real, ese que a veces resulta más retorcido que una pesadilla, acababa de cumplir mi sexto año trabajando de barrendero. Ni siquiera se me podría otorgar un título tan rimbombante como funcionario municipal del servicio de limpieza porque no lo era. Yo pertenecía –y digo pertenecer porque estaba más cercano a la esclavitud que al trabajo– a una pequeña empresa subcontratada por la sociedad que tenía la concesión de limpieza del ayuntamiento, y siempre estaba acechando a mi espalda la amenaza de despido, al menos desde que Cristóbal había ascendido al puesto de capataz y me controlaba estrechamente para mostrarme todo su desprecio. Puede que fuera porque me envidiaba, o simplemente lo hacía por el placer que le causaba joder la vida a los subordinados. Yo creo que no me

habían echado porque no abundaban los candidatos a ocupar un puesto tan miserable. No debía existir un trabajo peor pagado en toda la ciudad, más ingrato y donde se estuviera más tiempo metido entre la mierda.

Ocho horas al día barriendo las calles y vaciando las papele-
ras de jeringuillas, preservativos, restos de comida putrefacta,
propaganda y otros objetos inclasificables de muy variada con-
sistencia hubieran bastado para desquiciar a cualquier indivi-
duo cuerdo, a menos que se dispusiera de una válvula de escape
para enfrentarse a esa labor denigrante. Todas las noches cuan-
do cogía el carrillo, porque mi trabajo habitualmente empezaba
bastante antes de que amaneciera, tenía que abstraerme de la
basura y crear una misión por la que mereciera la pena patearse
las calles de una gran ciudad, y nada mejor que buscar pistas
para que el mítico detective Leo Carter resolviera complicados
casos, al tiempo que seducía a las mujeres más hermosas. Y
después de largos años patrullando las calles, ya eran muchos
los méritos contraídos en ambos campos.

Cuando terminaba la jornada laboral y regresaba a la minús-
cula habitación que ocupaba en una gélida pensión de la calle
Montera, que hacía bastantes años que no pasaba la obligatoria
inspección de sanidad, Leo Carter se disipaba como la niebla y
aparecía una realidad sombría en la que quedaba muy poco
margen para la luz y la esperanza.

Acababa de cumplir veintinueve años –sin tarta con velas
para celebrarlo– y me había convertido en un hombre solitario,
sin mujer, sin dinero y sin amigos, que salía poco a la calle por-
que carecía de un lugar donde ir y que jamás había asistido a
una fiesta diferente de las verbenas que se celebraban en los
distintos barrios del foro en los días de feria, y de las que me
tocaba recoger la basura. Tan sólo me quedaba el refugio en los
libros: la lectura era mi única pasión y puede que el origen de
mis fantasías más disparatadas.

Doscientos noventa y ocho libros había leído desde que co-
menzó mi afición, un par de años después de ingresar en el hos-

picio, o centro de acogida para huérfanos como les gusta decir a los políticos siempre que aparecen en un acto público ante los medios de comunicación. Durante el resto del tiempo prefieren olvidar esos lugares que van asociados al sufrimiento y que suministran muy pocos votos. Aprendí a leer en el hospicio cuando ya había cumplido ocho años. Antes no había tenido la oportunidad de ir a un colegio. Cuando alcancé la edad de escolarización obligatoria, empezaron los primeros síntomas de la devastadora enfermedad de mi madre. Tuvo que dejar de trabajar, tanto de día como de noche. Había perdido su capacidad laboral y su atractivo físico. Siguieron casi tres años de mendicidad. Yo la acompañaba todo el tiempo ante la puerta de la iglesia donde pedía limosna, porque una criatura llorando a causa del frío, del hambre o de la fiebre es un recurso muy útil para remover la conciencia de la gente y despertar su caridad. Esa dura instrucción debería haber bastado para destruirme o para que me convirtiera en un hombre curtido ante los avatares de la vida, pero yo sólo notaba un inmenso dolor del que nunca me recuperaba. Con el paso de los años, no puedo decir que esas lecciones me hayan transformado en un tipo muy duro, aunque eso no se sabe hasta que no llega el momento de demostrarlo, y en mi caso no sabía si llegaría alguna vez porque ignoraba en qué consistía el proceso de hacerse hombre. Puede que en los últimos tiempos haya descubierto que no existe aprendizaje más complejo y lleno de laberintos que el viaje que nos guía hacia nuestro interior, pero esa es otra historia que tiene muy poco que ver con lo que soporté durante la infancia.

Tras una terrible agonía para ambos, mi madre murió víctima de una hepatitis fulminante que se la llevó por culpa de su mala vida y por el alejamiento del camino que marca el Señor, como dijo un tenebroso cura durante el funeral. Supongo que fue a partir de entonces cuando los curas dejaron de caerme bien, y no porque pretendiera defender a mi madre de las graves acusaciones lanzadas, sino por el pescozón que me dio el sacerdote cuando me guardé las monedas recogidas en el cepillo al

creer que me correspondían como único heredero de la finada. Se ve que ese individuo pensaba que las limosnas no debían llegar a ciertos pobres por un camino tan directo.

Nunca podré decir que mi madre se prodigara en los cuidados y me diera una buena educación. Ella había elegido otra manera de ocupar su tiempo, e imagino que yo fui un hijo no deseado del que no supo deshacerse en su momento. Crecí siendo un niño reprimido y acomplejado que nunca recibió un regalo y que desconocía lo que era jugar. Mi madre era lo único que tenía y no sabía que el mundo se extendiera más allá de sus faldas, al menos el que me tocaba vivir, y eso deja una profunda huella que puede necesitar de toda una vida para borrarse.

Los días dentro del internado se hacían eternos si uno no aspiraba a convertirse en delincuente. Entre los muros que lo aislaban del resto de la civilización, los muchachos solo contemplábamos dos posibilidades de futuro: la de ser delincuente o la de capturarlos. Yo me había decantado por la segunda opción, aunque no lo pude demostrar con hechos porque era bastante más débil que los otros chicos a causa de que varias enfermedades, como la brucelosis, paperas y un principio de raquitismo, habían retardado mi crecimiento. Una tras otra se fueron sucediendo las palizas recibidas a manos de los aspirantes a criminales en unos salvajes juegos en los que siempre me tocaba asumir el papel de víctima.

Cansado de recibir insultos y golpes, busqué refugio en la biblioteca, que era el lugar más seguro del hospicio. No tardé en descubrir la causa por la que nunca la pisaban los otros chicos. En ese sitio sólo había libros, y jamás se supo que estos fueran importantes para la formación de los delincuentes.

La biblioteca estaba en una sala oscura y húmeda en la que no era frecuente encontrar algo interesante que hacer, salvo cazar moscas y hormigas para lanzarlas después contra las telarañas de los rincones y observar con atención cómo las arañas se apresuraban a enredarlas con la seda antes de darse el festín. Aburrido de la soledad y de no encontrar nada en lo que ocupar

el tiempo —lo único que me sobraba en la vida—, comencé a indagar entre las estanterías. Abría los libros en busca de algo que ignoraba, y no tardé en pasarme las tardes devorando cualquier papel impreso que se pusiera a mi alcance. Al principio no me interesaba demasiado lo que hubiera escrito en esos libros, lo importante era que el tiempo transcurriera con la mayor velocidad posible para que llegara cuanto antes el día de la libertad y pudiera hacer lo que me viniera en gana sin dar cuenta a nadie de mis fechorías. Pero luego cayó en mis manos «El señor de los anillos» de J. R. R. Tolkien —nunca entendí por qué tantas iniciales— y devoré los tres tomos con una pasión que jamás hubiera creído en alguien tan limitado. Al mismo tiempo me sentía Bilbo Bolson, Gandalf, Frodo, Sam, Boromir, Pippin y Aragorn, hijo de Aratorn; sobre todo este último porque era el que mejor manejaba la espada. A partir de la lectura de esa maravillosa aventura mi visión de la vida cambió —o puede que solo fuera la de sus aledaños—, y me volví más exigente a la hora de elegir los libros que me acompañaran. No abundaban las historias que me permitían fugarme de ese lugar que se había convertido en una mazmorra de ilusiones, mientras su biblioteca se transformaba en una fuente inagotable de fantasía que me permitía engañar por unas horas a la soledad.

Esa tarde —la del día de la bronca que me echó Cristóbal—, al regresar a la pensión tras la jornada de trabajo, acababa de obtener el libro noventa y tres de mi colección privada. No digo comprar porque no reflejaría fielmente la verdad. La mayoría de los libros que tenía los había conseguido por procedimientos poco legales, o salvados de las papeleras en el mejor de los casos. Ya he dicho que la ausencia de dinero era uno de mis grandes problemas, y la literatura nunca ha servido para matar el hambre, aunque el papel impreso no es de las peores cosas que he probado en mi dieta. Esa novela iba a suponer la obra número doscientos noventa y nueve en mi currículum de lector. Todas las tenía cuidadosamente anotadas en un cuaderno, y algunas de ellas las había leído varias veces, aunque nunca supe si

se debía a que me gustaban mucho o, simplemente, lo hacía porque no disponía de nuevas lecturas para llenar el vacío que sentía.

Coloqué el libro en el interior de la caja de cartón donde guardaba los más recientes. En el cuarto de la pensión no contaba con una estantería donde clasificarlos por orden, como hacían en las bibliotecas o en las librerías. Apenas si disponía de una superficie de diez metros cuadrados. La quinta parte estaba ocupada por una vieja cama que contaba con el colchón hundido en un somier de muelles al que le faltaban casi la mitad tras infinidad de años de servicio. A la derecha de la cama había un armario al que no se le podían cerrar las puertas porque la humedad había hinchado la madera, y el espejo que soportaba en el centro estaba quebrado en varios trozos que partían mi reflejo cada vez que me miraba, haciéndome sentir mucho más frágil de lo que era. A continuación del armario, y pegada al rincón, se hallaba una pequeña mesa rectangular —y coja— que tenía un flexo encima con el casquillo sujeto con cinta aislante. Era frecuente que la luz se apagara con el más leve movimiento. Para completar el mobiliario, contaba con una silla de madera invadida por la carcoma; una mesilla de noche sin cajones, un infiernillo que me servía para calentar el café que echaba en una desconchada taza de latón; y una imagen colgada encima del cabecero de la Virgen con el Niño modelada en escayola y pintada con llamativos colores, y que la patrona nunca me permitió quitar porque decía que alejaba el pecado de la casa —para ella la pobreza no debía ser un pecado—. La escasa luz natural llegaba a través de un balcón que casi nunca abría porque daba a un lóbrego patio interior donde desembocaba la salida de humos de la cocina de una cafetería que había en la planta baja, y que impregnaba las paredes y los cristales de una bruma aceitosa imposible de limpiar.

Ese siniestro cuarto había sido mi residencia durante los últimos seis años. Lo ocupé provisionalmente el mismo mes del ingreso en el gremio del escobón, mientras esperaba una oportu-

tunidad mejor. Antes había pasado por otras habitaciones parecidas, casi nunca mejores, y ya estaba acostumbrado a la penuria porque jamás había tenido a mi alcance los lujos de los que disfrutaba Leo Carter. En aquel tugurio no era fácil aislarse de los molestos ruidos que emitían los vecinos del piso de arriba y los otros inquilinos de la pensión, entre los que no solía faltar alguna de las prostitutas que hacían la calle a pocos metros de donde vivía y que en nada se parecían a mi madre, al menos como yo la recordaba.

Me asustaba gastar los libros demasiado pronto, que las palabras escritas volaran por la mente sin dejar poso y se pudieran agotar en pocos días. Después de terminar cada novela llegaba el vacío y el miedo a convertirme en un hombre carente de destino. Estaba desnudo ante la realidad que tanto me oprimía y sin entrever ninguna posibilidad de cambio.

No siempre leía en el interior de la habitación, también salía a la calle cuando la acción precisaba de grandes espacios naturales. Durante mucho tiempo, cuando la temperatura acompañaba, me gustaba ir hasta el Parque del Oeste con un libro bajo el brazo. Junto al Templo de Debod encontraba la tranquilidad que buscaba para sumergirme en las apasionantes aventuras que compartía con los personajes. Además, desde ese lugar se contempla el más hermoso atardecer de Madrid, cuando el sol se oculta en el lejano horizonte que se divisa detrás de los diminutos edificios de Alcorcón y Móstoles. En aquellas tardes me preguntaba hacia dónde se dirigía ese sol que se fugaba día tras día sin darme la luz y el calor que tanto necesitaba. Lo que hubiera dado por seguirlo hasta llegar a su escondrijo. Seguro que estaba en América.

He de reconocer que todos los gratos recuerdos de mi prolongada estancia en la pensión no iban unidos a los libros, ni todo lo demás que me ocurría en la vida corriente era miserable. Había algunos acontecimientos que resultaban muy placenteros, puede que en realidad sólo se tratara de uno, y por eso lo había engrandecido en la memoria.

Sucedió en una noche del penúltimo verano, cerca del día de San Lorenzo, cuando el calor apretaba más en la capital y en el cielo se podía divisar la lluvia de estrellas, o lágrimas del santo, como decían los creyentes. Me había levantado a las cuatro. El silencio casi era absoluto, sólo turbado por los lejanos roncidos del vecino de arriba. Era uno de los pocos momentos del día en que la pensión estaba tranquila y la dueña no andaba husmeando detrás de las puertas. Fui al cuarto de baño para ducharme y que el agua fría me espabilara antes de ir a trabajar —no puedo decir que me disgustara ducharme con agua tibia, pero en esa pensión se trataba de un lujo que sólo era posible en pleno invierno debido a la tacañería de la dueña—.

El sonido del agua y el golpeo de las gotas sobre la cara me producían gozo y me sacaban de la realidad miserable. Entonces pensaba en cómo se planteaba Leo Carter la misión de ese día. Para crearla sólo me bastaba con cerrar los ojos y viajar hasta Nueva York, que en mis sueños de entonces todavía contaba con las Torres Gemelas entre su formidable paisaje. A esas horas no solía cerrar el pestillo de la puerta, y esa noche ocurrió algo muy extraño. Al abrir los ojos, la cortina del baño estaba abierta y frente a mí se encontraba Laurita, una preciosa muchacha caribeña que llevaba un mes alojada en la pensión y que se dedicaba a la prostitución porque alguien la había engañado embarcándola en un avión con la promesa de un trabajo decente que nunca llegó. Tenía un ojo hinchado y había pasado al baño para limpiarse la sangre que le brotaba de la nariz a causa de los golpes que le había dado su chulo por no conseguir todos los clientes que exigía. Leo Carter hubiera sabido cómo tratar a un tipo tan miserable y darle su merecido, pero yo no dejaba de mirar a Laurita con la boca abierta mientras ella estaba pendiente de mi desnudez.

—Tienes una cosita muy linda —dijo al percatarse de la reacción que estaba provocando en mi cuerpo su mirada fija y la diminuta minifalda—. Me gustaría que me dieras algo de gustito esta noche.

—No tengo dinero —fue lo único que pude decir con notable tartamudeo.

—No quiero dinero, solo quiero que me acaricies y me hagas sentir bonita. Es lo único que puede calmar el dolor que siento.

Ni que decir tiene que esa noche Leo Carter no patrulló las calles, ni Leocadio Carrasco barrió las aceras. Con Laurita entre los brazos me sentí un hombre poderoso y disfruté como nunca imaginé ante sus infinitas habilidades de amante profesional. También me sirvió para descubrir que mis prestaciones como hombre resultaban satisfactorias para una mujer de tanta experiencia. Al salir de la cama me dijo que la mayoría de los hombres envidiarían los atributos con los que me había dotado la naturaleza, aunque utilizó otras palabras menos literarias para expresarlo.

Esos encuentros clandestinos se prolongaron durante un par de semanas, hasta que su chulo debió percatarse de que algo no iba bien en la pensión, y Laurita desapareció para siempre de mi vida y de la destartalada cama que no volvió a ser la misma sin ella. A menudo pienso en qué habrá sido de esa pobre muchacha que estaba destinada a tener una vida desgraciada, y terrible cuando se esfumara su belleza. Está claro que no todos los ciudadanos gozan de las mismas oportunidades, a pesar de los grandes logros sociales de los que alardean los políticos. Y Laurita y un servidor habíamos nacido para ser unos integrantes anónimos del nutrido bando de los perdedores.

Antes de seguir, he de aclarar que el hecho de que fuera un incauto y un solitario no significa que no conociera el amor y que toda mi experiencia se limitara a los encuentros con Laurita. En realidad, acababa de enamorarme por primera vez, exactamente hacía treinta y cuatro días, como reflejaba fielmente mi agenda —una del año anterior que había encontrado en una papelera y que había reciclado a la categoría de diario—. Justo el tiempo que hacía del traslado del lugar de lectura al Retiro.

En aquella mañana otoñal había ido hasta la Cuesta de Moyano con la esperanza de hacerme con una ganga en cual-

quiera de las casetas. Fui subiendo la calle lentamente y me detenía mostrando aire de intelectual en cada uno de los puestos. Hallé infinidad de novelas que me parecían apropiadas para mi colección, y entre los libros de segunda mano encontré uno que me llamó especialmente la atención: «Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy». Leí lo que había escrito sobre la novela en la parte posterior y decidí que era el libro que buscaba. A pesar de ser de segunda mano, el precio superaba ampliamente mi presupuesto. Nunca me ha gustado sustraer los libros en esas casetas, prefería hacerlo en los grandes centros comerciales. En esos reductos globalizadores, junto a un notable riesgo por la mayor vigilancia, sentía que brotaba mi alma de luchador proletario al creer que robaba la cultura a los ricos para entregársela a los pobres. Pero ese día no pude esperar y aproveché una aglomeración de gente para que el libro terminara en el interior de una cartera de loneta rescatada de un contenedor de ropa vieja.

El lugar más cercano para empezar a leerlo con tranquilidad era El Retiro, y hacia allí me dirigí mientras lo hojeaba. En ese libro encontré una de las cualidades que más aprecio en una novela: puede durar todo lo que el lector quiera y siempre produce gozo. Fue un libro que me costó mucho tiempo leer entero porque lo comencé varias veces, pero no me importaba abrirlo por cualquier página porque no tardaba en descubrir algún párrafo que me hacía disfrutar, de hecho todavía lo hago. Pero no me pagan por hacer propaganda del libro, así que volvamos a aquella soleada mañana de domingo.

El paseo me llevó hasta un banco próximo al estanque situado frente al Palacio de Cristal. Es un lugar muy hermoso donde destaca el gran chorro de agua que brota del centro de la laguna, como si fuera un geiser o algo parecido. La música de un violín me hizo levantar la mirada del libro, y al tratar de ubicar su lugar de procedencia, vi en la escalera del palacio a una violinista pelirroja de larga melena y ojos tan verdes como la hierba en primavera. La melodía que tocaba me parecía preciosa, aunque yo no era un entendido en música clásica, en realidad no lo

soy en ningún tipo de música. Me quedé prendado del conjunto que formaban la muchacha, el violín y la armonía que creaban cuando se fundían.

Desde ese día aproveché todo el tiempo libre para irme al estanque, aunque no siempre estaba la chica cuando iba a verla, y esos ratos los dedicaba a leer. Cuando ella acariciaba su violín con el arco, el libro permanecía abierto entre mis manos sin que fuera capaz de pasar una sola página porque estaba enamorado de esa violinista anónima y no quería perderme ni un solo detalle de sus gestos. Cómo me hubiera gustado acercarme para hablar con ella. Por supuesto que habría disfrutado haciendo muchas más cosas, pero no era capaz de dar el primer paso, el de hacerle saber que existía y que estaba allí porque la amaba. Muchos días, cuando me encaminaba hacia el parque, pensaba que había llegado el momento clave, pero al verla frente a mí – siempre a prudente distancia– perdía todo el valor que tanto me había costado acumular, y suponía que una princesa de esa categoría nunca perdería el tiempo y su música junto a un desventurado barrendero. Lo peor que tiene ser cobarde no es la ausencia de valor, sino la enorme cantidad de excusas que se encuentran para justificar el miedo.

Al encerrarme en la pensión, protegido por las paredes mugrientas, me consolaba pensando que algún día todo sería muy distinto. En la mayoría de los libros había leído que los golpes de fortuna son posibles, que los desgraciados también tienen su oportunidad, aunque temía que el día en que llegara la mía fuera demasiado tarde y la violinista se hubiera marchado con la música y su belleza a un lugar muy lejano donde otro hombre con más coraje hubiera sabido aprovechar su ventura.

Aún no había amanecido cuando Leo Carter salió del viejo garito de Lou Evans situado en la calle treinta y nueve. En ese lugar sonaba el mejor Jazz de la ciudad de la mano del Bobby Elmer Quartet, donde el piano, el saxo, la guitarra y el contrabajo creaban acordes imposibles que la voz rajada del pro-

pio Bobby transformaba en la luz y humedad de la mismísima New Orleans. Leo había bebido una copa de más, eso se lo recordaba su pertinaz úlcera y la discusión que tuvo con Meggy Wallace al negarse a acompañarla a casa para tomar la última copa y consolar sus penas. Leo pensaba que toda aventura tenía su momento, y al prolongarla se convertía en un hábito rutinario que mataba la pasión. Los dos habían disfrutado durante la semana que estuvieron juntos en Florida, pero «nada es eterno muñeca» le había dicho cuando atisbaba una nueva aventura en el horizonte, porque Leo Carter siempre era fiel. Ése era su mayor defecto, nunca dejaba hueco en su corazón para dos mujeres al mismo tiempo. Por eso resultaba muy extraño que alguna relación durara más de una semana. Mujeres hermosas había muchas, pero sólo un Leo Carter.

Esa noche quería caminar despacio hasta llegar a su apartamento. La temperatura era agradable y un paseo aliviaría su mente antes de dar un duro golpe a la banda del capo mafioso Andy Pelagra: el tipo que durante mucho tiempo había engañado a la policía al camuflar la cocaína en las obras de arte. Fueron cientos las reproducciones de cuadros famosos pintadas con pasta de cocaína de múltiples colores que habían evitado los controles de narcóticos y circularon libremente entre supuestos marchantes que enmascaraban a una poderosa red de narcotraficantes. Leo Carter había sido el descubridor de la trama cuando atrapó al matón P. J. Horner, al que aplicando sus métodos infalibles para soltar la lengua, le hizo confesar que en el último año se había esnifado un Van Gogh, dos Picassos y un Gauguin.

Al cruzar junto al club Baggalus, algo anormal despertó su atención, y no fue precisamente la invitación de Ronnie, el portero, para que pasara a tomar una copa después de darle el soplo de que había una impresionante morena esperando impaciente la llegada de un hombre que supiera cómo tratar a una dama. Era la acción policial la que le estaba lla-

mando. Su infalible instinto se había puesto en marcha. A cincuenta metros pudo ver a varios policías abriendo un cerco entre los transeúntes, mientras en el suelo se encontraba el cadáver de un individuo de mediana edad y de aspecto extranjero que había sido masacrado a balazos. Leo sintió el pálpito que anunciaba la llegada de un gran caso, uno de esos que precisaban de toda su pericia.

¡Un momento! En realidad ese cadáver no lo estaba viendo Leo Carter, era yo el que lo había encontrado al inicio de la jornada laboral. Leocadio Carrasco en persona se hallaba en la escena del crimen. Y no estaba en un barrio de New York, sino junto a la Plaza de Tirso de Molina, en pleno centro de Madrid. Al cruzar por la esquina de Mesón de Paredes, mientras empujaba el carrillo con el cubo de basura y llevando el escobón al hombro, lo había visto. El individuo yacía desangrado en el suelo apoyado sobre el costado izquierdo. No era un hombre muy alto, tenía el pelo oscuro y sus rasgos eran comunes a otros muchos individuos, nada que lo hiciera fácil de recordar. Fue todo lo que pude ver antes de que lo cubrieran con una manta y se formara el cordón policial que mantenía a distancia a los escasos transeúntes que marchaban por la calle a esas horas y que no tenían motivos para ocultarse de la pasma.

Saqué un cigarrillo rubio del paquete abandonado que había encontrado en la puerta de un complejo de multicines. Me apoyé en el carrillo y analicé el caso desde la distancia, mientras daba profundas caladas que provocaban que el humo y el vaho causado por el frío se mezclaran entre la niebla. Una ambientación excelente para un asesinato de alto nivel. Pensaba en la reacción de Leo Carter ante un crimen de ese calibre, que en realidad era mi primer caso como Leo a secas. Los policías no parecían concederle demasiada importancia al cadáver, y no les vi buscando con atención esos ínfimos detalles que se podrían convertir en decisivas pruebas incriminatorias en el juicio contra el supuesto asesino. Pocos minutos después apareció

el furgón del Instituto Anatómico Forense, y también llegó un individuo bajito con cara de mala leche que portaba un maletín negro. Supuse que debía tratarse del juez por la cantidad de papeles que rellenó y la poca atención que prestó al fiambre.

Los funcionarios cargaron el muerto con indolencia, sin que en el suelo quedara marcada con tiza la posición en que quedó el cadáver y sin que ningún agente hiciera fotos desde diversos ángulos para que pudieran ser analizadas minuciosamente por avezados investigadores, como siempre se hacía en las películas de detectives. Tampoco vi aparecer a ningún periodista fisgón, de esos tipos quisquillosos que se dedicaban a cuestionar con sus ácidos comentarios los procedimientos policiales. La fría realidad que observé dejaba mucho que desear para un amante de sofisticadas historias del mundo del hampa.

Era evidente que no había tenido demasiada suerte con mi primer crimen. Debía tratarse de un caso de tercera división, de los que no trascendían a la opinión pública para no crear una molesta sensación de inseguridad callejera. El muerto era un tipo anónimo por el que no merecía la pena gastar dinero del estado en una investigación que hubiera revelado que era un don nadie que ni siquiera dejaba recuerdos entre sus vecinos.

En el suelo sólo quedaba una gran mancha de sangre cubierta con serrín, que a mí me correspondía barrer como peculiar aportación a la seguridad y a la higiene ciudadana.

Todos los implicados se habían marchado con prisa hacia lugares y ocupaciones más interesantes, o simplemente para tomar un café muy caliente con el que combatir el frío mientras hablaban del partido del domingo. Saqué el escobón y el recogedor y realicé mi trabajo mientras pensaba en quién sería ese desgraciado que había pasado por la vida sin dejar más huella que su sangre sobre el asfalto y sin que su propia muerte despertara un ápice de curiosidad. Lo ignoraba todo sobre ese hombre, pero sentía que algo nos unía. Quizás fuera el temor de que mi propia vida resultara tan anónima como la suya y que mi final no estuviera destinado a ser mejor que el sufrido por él; aunque debía

reconocer que una muerte a tiros tiene más prestigio que la muerte causada por hambre o abandono, pero todas suponen el fin. ¿Acaso no había nada en la vida de ese hombre que mereciera dejar un mínimo recuerdo para que quedara constancia de su existencia?

Leo Carter nunca se hubiera resignado a dejar sin respuesta esa pregunta, y eso me animó a emprender una aciaga búsqueda por las cercanías para ver si era capaz de encontrar alguna pista que me llevara a desentrañar el crimen y su vida. Cualquier detalle me podría servir como punto de partida, y necesitaba encontrar algún indicio del crimen para no quedar como un fracasado en mi primer caso como detective privado.

Después de media hora de inútil rastreo entre los árboles, bancos y aceras de la zona, tuve que reconocer que carecía de las cualidades como sabueso de mi alter ego y de su constancia para encontrar donde no había. Mi fantasía me había vuelto a vencer demostrando graves carencias como hombre.

Comencé a alejarme lentamente del lugar del crimen convencido de que nunca podría gozar de una apasionante vida activa, y no me quedaba más remedio que justificar el sucio trabajo por el que me pagaban poco más de una limosna si no quería recibir una nueva bronca por parte del cantamañanas de Cristóbal.

Me dediqué a vaciar el contenido de las papeleras de la plaza en el interior del cubo de basura del carro. Botellas vacías, latas de cerveza arrugadas, algunas jeringuillas, innumerables hojas de propaganda, y pañuelos de papel llenos de mocos secos u otras secreciones corporales. Siempre lo mismo, basura. Ese era mi cometido: limpiar la mierda que otros generaban y sentirme como un jilipollas porque no era capaz de conseguir otro trabajo que me permitiera vivir con un mínimo de dignidad.

Al vaciar la última papelera, la que estaba junto a la boca de metro, vi asomar un sobre doblado por la mitad que me despertó cierta curiosidad. No tenía ninguna indicación en el exterior,

pero estaba pegado y se notaba que guardaba algún papel. En ese momento apareció al capataz y guardé el sobre instintivamente en un bolsillo de los pantalones del uniforme.

Mi jefe, como era habitual, venía a echarme la bronca por el gran retraso que llevaba acumulado en el trabajo. Yo le dije con cierto sarcasmo, ante sus evidentes muestras de cabreo, que limpiar la ciudad de cadáveres no estaba incluido en la paga ni recogido en el convenio, y seguí con la sucia labor hasta que terminó mi turno a mediodía. En ningún momento había intentado abrir el sobre. Necesitaba hacerlo en un lugar seguro y prestarle toda la atención, como si deseara mantener la incógnita para creer que guardaba alguna pista que pudiera ser decisiva para una investigación criminal.

Amparado en la soledad de mi cuarto, y echado en la cama sin un mal cigarrillo que fumar, me dispuse a abrir el sobre con la esperanza de hallar algo concluyente y que sólo yo supiera. En su interior encontré un impreso de la Seguridad Social sin rellenar, cuya parte posterior estaba manuscrita con una caligrafía irregular. También hallé el resguardo de un envío certificado de correos. Empecé a leer con una inquietud latente porque tenía el presentimiento de que mis plegarias habían encontrado respuesta:

«—Quise subir al cielo para ver, y bajar hasta el infierno para comprender—. Este es el inicio de una vieja canción que he escuchado muchas veces en los últimos tiempos, pero también puede que defina lo que ha sido mi vida. Sé que hoy voy a morir. Ya no tengo capacidad para zafarme de su acoso y no puedo seguir peleando solo para defender lo que amo y a lo que he consagrado los últimos años. Creo que también he perdido esta guerra.

Si a la persona que encuentre esta carta le gusta jugar con el destino, puede encontrar una actividad que le ocupe mucho tiempo y le cause numerosos disgustos y muy pocas gratificaciones, salvo que se produzca el golpe de suerte del que yo he carecido. No tengo escondido ningún tesoro, sólo aquello que ha justifi-

cado mi vida y a lo que me he entregado en cuerpo y alma hasta que otros han decidido robármelo. Desconozco el valor que pueda tener en el futuro, siga siendo mío o no. No puedo añadir nada más que les pueda resultar útil a los que solo desean destruir.

Y para terminar, hago una suplica a la persona que encuentre esta carta con la esperanza de que sea honesta: Si le interesa la ambición y el dinero, rájela y olvide lo que dice porque no obtendrá provecho; si le preocupa conocer la verdad alejándose del odio, siga adelante, no haga trampas en el juego y le ruego que no cause ningún daño al cholito de los cuatro dedos. En la música siempre se encuentran respuestas».

Eso era todo lo que había escrito en la extraña carta, mientras en el resguardo del certificado sólo figuraba un nombre. El remitente y el destinatario eran la misma persona, un tal Marcos Rego. El espacio reservado a la dirección estaba sin rellenar.

Recuerdo que leí la carta varias veces sin salir del asombro. No albergaba ninguna duda de que la había escrito el hombre del que limpié las huellas de sangre, y tenía entre mis manos la clave de su vida y la explicación de su muerte. Del destino que yo le concediera a esa carta dependía su memoria y puede que algo más. Sé que Leo Carter hubiera descubierto pistas en ese papel que le permitirían resolver el caso con diligencia, pero en ese momento su apoyo no me valía. Me encontraba solo ante un enigma que me superaba. Puede que debiera entregar la carta a la policía y que ellos hubieran llevado la investigación para aclarar lo sucedido, pero sospechaba que no se iban a tomar un excesivo interés, visto lo que había pasado durante la noche, y se hubiera perdido para siempre cualquier huella de ese desconocido llamado Marcos Rego.

Por otra parte, podría tratarse de mi gran oportunidad como detective. Por primera vez me encontraba ante un objetivo por el que merecía la pena luchar, y que había causado la muerte de un hombre. Lo de menos era el premio que estuviera en juego, era el proceso de búsqueda lo que me parecía apasionante y el

que me permitiría ocupar gran parte del tiempo que consumía inútilmente llorando mis penas.

De la lectura de la nota pude deducir que Marcos Rego guardaba algo que unos individuos consideraban de tal valor que lo mataron para conseguirlo, sin lograr su propósito, y ese objeto permanecía en algún lugar oculto a la espera de que alguien lo encontrara. La clave estaba en el certificado de correos, en el cholito de los cuatro dedos y en la música. Me parecía muy extraño que alguien se enviara una carta a sí mismo donde no se indicara la dirección del destinatario, y yo carecía de la facultad que tenía la policía para llegar a la oficina de correos y averiguar el itinerario que había seguido ese paquete.

Siempre me gustaron los acertijos que se publican en las páginas de pasatiempos de los periódicos, y no paraba hasta descubrir la solución, pero me encontraba ante el más complejo y peligroso de todos porque ya había ocasionado una muerte. Parecía un macabro juego imposible de resolver para alguien sin preparación ni medios. Sin duda se trataba de un reto descabellado para un hombre sensato que apreciara su vida y su tranquilidad, pero nunca he dicho que la sensatez fuera una de mis principales cualidades. Ese era un lujo que no me podía permitir y que sólo hubiera arrastrado mi vida en una sucesión de fracasos puntuales hasta la llegada de la derrota final.

No podía hacer indagaciones sobre la vida de Marcos Rego, y ni siquiera tenía una ligera idea de por dónde debía iniciar la búsqueda. Las únicas pistas a las que podía aferrarme eran la del cholito de los cuatro dedos y la de la letra de esa extraña canción que no había sabido identificar. En cuanto al primero, estaba claro que se trataba de un niño, y no era descabellado suponer que debía estar mucho más cerca del infierno que del cielo. Por fortuna, el infierno era mi terreno vital, el único que conocía y por el que podía desenvolverme con cierta soltura, al menos por el que yo conocía. Nunca tuve excesivo interés por el cielo: ese lugar lleno de nubes de algodón y de angelitos rubios donde todos presumían de ser felices mientras tocaban la

lira. Suponía que el cielo debía ser muy parecido a las parcelas que se compran los ricos para hacerse los chalets y llenarlos luego de barreras y guardas de seguridad para impedir el paso de los pobres.

Encontrar al cholito de los cuatro dedos me parecía más complicado que hallar una aguja en un pajar. Un niño al que le faltaba un dedo en una mano, un nombre escrito en un papel y una estrofa de una canción era todo lo que tenía para encontrar un objeto misterioso del que el propio dueño ignoraba su valor. Muy poco hasta para el mismísimo Leo Carter. Lo único que me sobraba era tiempo y ganas para salir de una vida anodina. Había llegado el momento de demostrar si yo era un tipo constante y capaz de cumplir con sus objetivos. Mi gran aventura estaba a punto de comenzar, pero no sabía en qué iba a consistir.